

ORACION FUNEBRE

QUE PRONUNCIÓ EL PRESBITERO

DR. D. MARIANO CASANOVA

EN LAS EXEQUIAS

CELEBRADAS EL 6 DE DICIEMBRE DE 1864

EN LA

IGLESIA METROPOLITANA

POR LAS VICTIMAS

DEL INCENDIO DE LA COMPAÑIA

El 8 de Diciembre de 1863.



SANTIAGO.

IMPRESA DEL CORREO, CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 25.

DICIEMBRE DE 1864:

*Quam incomprehensibilia sunt
judicia ejus et investigabiles
viæ ejus. Ad. R. XI. 33. Nunc
autem manent, fides, spes, cha-
ritas: tria hæc. I Ad Cor.
XIII. 13.*

¡Cuán incomprensibles son, Se-
ñor, tus juicios! cuán investi-
gables tus caminos! Más nos
quedan estas tres virtudes, la fe
la esperanza i la caridad.

SAN PABLO.

Ilmo. i Rmo. Señor :

Ved aquí, católicos, todo lo que podemos deciros para vuestro consuelo, al recordar solemnemente la más grande de nuestras desgracias.

Un año ha pasado desde que la luz horrible de esa pira fúnebre que redujo a cenizas existencias tan queridas, alumbró nuestra ciudad, dejando ver escenas que el sol jamás había presenciado!

Un año ha pasado desde que mil madres supieron en un mismo instante que no volverían a estrechar en su corazón a sus hijos queridos! desde aquel terrible momento en que la desolación i la muerte fijaron su morada entre nosotros; en que nos vimos turbados, mudos e inmóviles, en presencia de esos escorbos humeantes, de esos cuerpos hacinados, sintiendo esos doloridos ayes que desgarraban el corazón. I si un esfuerzo de dolor nos hizo interrumpir tan triste silencio, con una voz entrecortada por sollozos, apenas pudimos exclamar: *quam incomprehensibilia sunt judicia ejus.* «Señor, cuán incomprensibles son tus juicios!» Entonces, lloró la ciudad i se cubrió de luto sin querer consuelo. Lloró la patria i se detuvo horrorizada. Lloró el mundo todo i dió un largo i profundo jemido contemplando nuestra desgracia.

¡aun ahora mismo cuando la tranquilidad domina nuestros ánimos, ¿quién sería capaz de explicar tan trágico acontecimiento? ¿quién se atrevería a manifestar los designios de Dios al sumerjirnos de improviso en la aflicción más profunda? Mucho hemos pensado, mucho hemos escrito, nosotros i el mundo todo, sobre tan tremenda calamidad, i ¿qué es lo que hemos avanzado? Una sola cosa, Señor! *que vuestros juicios son incomprensibles!*

Lo confieso, señores. Nunca he sentido mayor dificultad para hablar que al ocuparme en un asunto que a primera vista parece el más apropiado para recibir los adornos de la elocuencia.

¿Qué os volveré a decir en esta ocasión que corresponda a la magnitud del suceso? ¿Os pintaré los horrores de la desgracia? ¡que necesidad tengo yo de contaros lo que vosotros visteis, i de recordaros lo que ojalá no estuviera tan profundamente grabado en vuestro corazón.

La herida aun mana sangre, las lágrimas no han sido aun enjuagadas, la pena no ha sido mitigada cumplidamente, para que traiga a vuestra memoria tan horribles escenas. . . .

¿Os recordaré las virtudes de las víctimas? Ellas no necesitan ni de panejóricos ni de apolojistas. Ya Dios las ha juzgado, después de hacerlas sufrir su purgatorio en vida; i ahora, así lo deseo, están en su gloria, *encargándose El mismo de enjuagar las lágrimas de sus ojos* (1). El mundo también las ha juzgado, porque, para que su triunfo fuera más espléndido i su virtud apareciera más brillante, Dios ha querido que su memoria pasase además por el crisol de la persecución, i su doble martirio, ganó doble corona, en el cielo i en la tierra.

Como verdaderos cristianos entremos en las vías de la Divina Providencia; i para que el momento terrible del aniversario no nos sorprenda con sus visiones, ni nos abata con sus terrores, agrupémonos todos, grandes i pequeños, al pie de los altares del Omnipotente, arbitro de los destinos humanos, i llevemos a nuestras almas conturbadas, el alivio de la inspiración Divina.

Yo veo hoy a las más bellas virtudes del cielo cobijar bajo sus alas nuestros infortunios, i la FE, la ESPERANZA i la CARIDAD (*) irradiando su luz divina sobre nuestra desgracia, nos obligan a adorar humildemente los designios de la Divina Justicia.

La fe nos deja entrever los esplendores de la eterna vida. La esperanza nos consuela con su grata mirada. La caridad lleva nuestros votos hasta la morada de nuestros hermanos i se levanta como una blanca aurora sobre nuestros pesares para hacer ver el cielo a nuestros ojos bañados en lágrimas.

(1) Apoc. XXI, 4.

(*) En la urna fúnebre estaban escritas estas únicas palabras:
FE, ESPERANZA I CARIDAD.

Que este sea el tributo de amor que hoi depongamos sobre la tumba de nuestros amigos i el abrazo de tierna amistad que demos a sus manes venerandos!

I.

Si hai, señores, algun momento en la vida en que necesitemos imperiosamente de la fe, es sin duda cuando la tribulacion nos visita. Miéntas somos felices buscamos solo los medios de aumentar nuestra dicha; pero cuando sufrimos, sin quererlo miramos al cielo i nuestros labios pronuncian la oracion que todo ser envia a su Creador al despertar a la vida, diciéndole: *Padre nuestro!*

I en verdad ¿qué viene a ser la vida para aquel que al través de su desgracia, no divisa un reflejo del cielo? ¿Qué se podrá decir para consolar a quien con la muerte de sus padres o amigos, lo ve todo concluido para siempre? El sepulcro, la destruccion, la nada, ved aquí lo que únicamente se presentará, cual horrible fantasma, a su espíritu atribulado. Nada tendrá que ofrecer a los manes de los que fueron; nada sino el hedor del sepulcro, i las convulsiones de la desesperacion más cruel. Para un impío no hai más consuelo en la muerte que la misma muerte. Empero, Dios que ha hecho el corazon del hombre i que por lo tanto conoce profundamente su debilidad i miseria, siempre que le envia el sufrimiento hace caer al mismo tiempo algunos resplandores de su gloria; i si alguna vez nos acercamos a las tumbas, divisamos a los ángeles del cielo velando esas fúnebres moradas i entónces, en vez de espantosos terrores, la paz reposa en nuestra alma. I si en medio del profundo silencio que reina en las rejiones de la muerte creemos sentir alguna palabra misteriosa, es la mas consoladora de todas: *Resurreccion i eterna vida.*

Por esto, mi alma ha recibido un grato consuelo cuando he visto en el centro de la fosa comun en que reposan los sagrados restos de los que hoi lloramos, a la Cruz del Cristo tendiendo sus brazos para asilar bajo su sombra a tantos despojos queridos, de vuestras esposas, de vuestros hijos, de vuestros amigos. La he visto, i me ha parecido que a su rededor estaba la vida i no la muerte; i he creído sentir en dulces ecos, aquellas gratas palabras: *nolite timere* (2) no temais, porque la tumba es la cuna de la inmortalidad. Sus cuerpos yacen en el polvo; pero sus almas son inmortales: levantad vuestra cabeza, mirad; vuestros amigos solo han dejado aquí sus despojos, creyeron en el Cristo, i *el Cristo es la resurreccion i la vida* (3).

(2) S. Lucas II, 10.

(3) S. Juan XI, 25.

¡Oh relijion, oh fe católica i divina! relijion admirable! mil veces admirable porque sabes consolar! Tú sola puedes decir teniendo a la muerte rendida a tus piés:

Ubi es, mors, victoria tua! (4).

¡Oh muerte! en donde está tu victoria!

Sí, señores! La fe en la vida eterna es hoy nuestro primer consuelo. I vuestra presencia al pié de esta tumba silenciosa es ante todo una profesion solemne de fe en la eterna vida. Porque, si así no fuera ¿qué habriais venido a hacer aquí? Vuestra súplica no puede atravesar los espacios si no va llevada en las alas de esta gran verdad. *Yo creo en la resurreccion i en la vida eterna. Amen* (5).

La muerte es tan solo la separacion del alma de este cuerpo lleno de inclinaciones viciosas i desarregladas. La muerte es el principio de la verdadera vida, la vida divina, la vida del espíritu en el seno de Dios. Mientras vivimos en la tierra solo somos pobres peregrinos, hasta que llegue el día venturoso de la patria eterna i feliz. Mientras vivimos debemos ocuparnos en alcanzar aquel mundo invisible que es el reino de Dios, trabajando con una conviccion tan enérgica, tan fuerte, como si ya estuviera a nuestra vista, como si se tratara de los países vecinos o de los pueblos comarcanos. En esta bella idea descansa nuestra fe. Si no hubiera otra vida ¿qué sentido tendrían las pala bras más sagradas, Dios, la gracia, la iglesia, los sacramentos, los sacrificios i las buenas obras? El cristiano que es el verdadero justo en la tierra, *vive de la fe* (6) i la fe segun el gran apóstol es *la que nos hace presentes las cosas que esperamos i la que nos convence de aquellas que todavia no vemos* (7). *Nuestra esperanza está llena de inmortalidad* (8) i *nuestro propio cuerpo se cubrirá con la misma inmortalidad* (9). Sí; hasta nuestro cuerpo tendrá un día a su modo los dotes de los espíritus. Arrojado a la tierra de que fué hecho, padecerá primero la descomposicion, pero cual semilla se reanima en sus propias cenizas i abre, planta lozana la tierra, i se cubre de hermosas i fragantes flores, así tambien nuestro cuerpo se levantará un día glorioso e inmortal del seno de la tumba, i brillará más que el sol en medio día.

La verdad de la existencia de otra vida feliz o desgraciada, segun sean nuestras obras, se apoya además en la sabiduría i justicia de Dios que ha debido dar a sus leyes una conveniente

(4) I Ad. Cor. XV, 55.

(5) Símb. apost.

(6) Ad Heb. X, 38.

(7) Ad Hebreos, X, XXI.

(8) Sap. III, 4.

(9) 1.ª Cor. XV, 54.

sancion proporcionada a los deberes que impone, ya que en esta vida el vicio marcha coronado i la virtud llorosa. Se apoya tambien en la necesidad en que está el supremo Hacedor de satisfacer de un modo cumplido los deseos de felicidad eterna que el mismo grabó en nuestra alma. Se apoya finalmente en la voz unánime de todos los siglos i de todos los pueblos, bárbaros i civilizados, que han ocupado el mundo, i entre quienes el culto de los muertos i la necesidad de orar por ellos al cielo, han sido universales. En todas partes encontramos preces, ceremonias, ofrendas i sacrificios. La Grecia con su imaginacion risueña ceñía la frente de los difuntos con frescas rosas i esparcía perfumadas flores sobre su sepulcro. Roma pagana, con su jenio varonil i severo, hacía combatir a los gladiadores sobre las tumbas, creyendo así rescatar la muerte con la muerte. El religioso judío embalsamaba sus difuntos i sentado sobre la piedra mortuoria se consolaba con ofrecer sacrificios al Dios de Abraham, de Isaac i de Jacob, i con repetir que era santa i saludable la oracion por los difuntos.

Si la vida no fuera más que esta larga serie de desgracias, nadie querría vivir, i todos a la vez repetiríamos con el sabio: «Alabo a los muertos más que a los vivos, i sobre todos a aquel que no ha nacido» (10).»

Puede ser que haya quien niegue en la vida la inmortalidad de su alma; pero en el lecho de la muerte, al sentir las luchas del espíritu, al divisar ese caos que sigue más allá, hasta el más orgulloso inclina su cerviz i reconoce a Dios. ¡Quiera el cielo que su adoracion tardía sea aceptada, i que su arrepentimiento no sea solo el grito del dolor desesperado!

Nuestros hermanos viven pues aun i son quizás más felices que nosotros. Nos llaman, nos convidan, nos tienden sus manos, no ya suplicantes cual en aquella aciaga noche, sinó para manifestarnos la dicha que ganaron con su tormento. Un día que puede ser no diste mucho, les volveremos a ver i los estrecharemos en nuestros brazos. Deudos atribulados, esperad: un instante más, i vuestros hijos estarán a vuestro rededor sin peligro de separarse por toda la eternidad. O si bien les resta todavía alguna pena que pagar a la divina justicia por las faltas propias de la humana flaqueza, la religion nos presenta la esperanza de mitigar sus angustias en la otra vida con nuestras fervientes súplicas i buenas obras. La fe trae ya pues a nuestra presencia a su hermana inseparable: la esperanza.

II.

La sociedad que el Cristo vino a fundar en la tierra es, señores, la sociedad más grandiosa que se pueda imaginar. Dios es su

(10) Eclesiastes IV, 2.

orijen i su fin, su estension abraza los cielos i la tierra i su duracion es la de la eternidad. Atraviesa ahora el mundo visible para llevar a los hijos de Dios al mundo espiritual e invisible. Vivimos en el mundo de los sentidos rodeados de la atmósfera del mundo espiritual i en calidad de cristianos estamos a toda hora en comunicacion con este último. Emperó, el mundo material no encierra más, dice un sabío teólogo (11), que un fragmento de la iglesia de Dios. La tierra, el cielo i el purgatorio le pertenecen; solo el infierno no participa de su amor porqué el proceso de los condenados ha sido ya concluido. Al pisar los umbrales del abismo *dejaron fuera toda esperanza* (12). Al cielo solo entran los que mueren despues de haber satisfecho cumplidamente a la divina justicia. Allí van los que triunfaron con Jesucristo. Más, ¿dónde irán los que no han alcanzado a satisfacer como debían por sus culpas? La esperanza cristiana nos enseña que está colocado entre el cielo i el abismo, el purgatorio: mediante esa escala ya nos es más fácil subir al cielo.

El dogma del purgatorio es uno de aquellos dogmas que hacen parte de la revelacion primitiva que Dios hizo en el principio del mundo i que los pueblos llevaron consigo en su dispersion. La historia de la humanidad nos atestigua que en todos los tiempos i en todos los lugares ha sido creída esta verdad, bien que a veces alterada. «Sobre ella la supersticion ha hablado sustancialmente lo mismo que la relijion, la mitolojia como la herejia, Homero i Virjilio como san Pablo, todas las relijiones en fin, están de acuerdo en este punto con la verdadera relijion (13).»

No pretendo manifestaros todos los fundamentos de esta verdad revelada. Habló a católicos i me basta recordarles que la santa iglesia reunida en Trento ha formulado solemnemente su creencia con estas palabras: «La iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, por la sagrada escritura, por la antigua tradicion de los padres, enseña que hai purgatorio, i que las almas que allí se encuentran detenidas son aliviadas por los sufrajos de los fieles (14).»

Por otra parte, nada encuentro yo más conforme al plan divino de la relijion que la existencia del purgatorio. Nada más consolador para los vivos i para los muertos.

La creencia de que el hombre pecador ha de agregar a la conversion del corazon ciertas obras esterióres de penitencia, pertenece al fondo del cristianismo. Jesucristo no ha cumplido la obra de la redencion por una simple ofrenda interior, por un

(11) R. P. Faber.

(12) Dante, *Divina Comedia*.

(13) El P. Ventura.

(14) Sesión XXV.

acto interno de deseo, de amor, de sacrificio. Su voluntad de rescatar al hombre fué siempre unida a la aceptación efectiva de aquellos sufrimientos de su cuerpo i de su alma que llamamos la pasión del Salvador i que tuvo su cumplimiento por la efusión de su preciosa sangre. Si Jesucristo hubiera salvado al mundo por una simple súplica expiatoria, podría pensarse quizás que así cumplida la obra de la redención, solo suponía, como término correspondiente en el alma del pecador el simple arrepentimiento para unirse al Cristo; más, por la misma razón, si los sufrimientos voluntarios hacen parte del misterio de la redención ¿no os parece que debe también haber algo análogo en la conversión del pecador para que corresponda, en los límites de las fuerzas del hombre, al carácter de la expiación infinita? Así lo enseña san Pablo, cuando dice: «Yo cumplo en mí lo que falta a los sufrimientos del Cristo (15).» Los sufrimientos del Redentor son en verdad el único principio real de expiación, que tienen un valor no solo superabundante, sino infinito; pero es preciso que el pecador se los apropie por medio de las obras de la penitencia. Si esto es así, ¿quién podría asegurar a la hora de su muerte, que ha pagado toda su deuda a la divina justicia? ¿quién ha penetrado los consejos de Dios? ¿quién, la mano sobre el corazón, podría jurar que ha descubierto claramente la proporción que debe haber entre estos dos misterios, el misterio de la justicia i el misterio de la conciencia? El purgatorio nos da entonces el consuelo. La iglesia nos enseña que cuando una alma en gracia de Dios, deja la tierra sin haber cumplido toda la penitencia debida por sus pecados, puede acabarla en la otra vida. La expiación en esta vida i la expiación en la otra son de un mismo orden. La tierra es un purgatorio, i el purgatorio no es más que la continuación de la penitencia terrestre, cuya última estación está más allá de la tumba.

Alegraos entonces, justos que me escucháis, i vivid tranquilos a la sombra de esta esperanza. Aún cuando una muerte repentina os sorprenda con algunas manchas, tan difíciles de evitar en esta vida, hai todavía tiempo de expiación. El hijo del Cristo no puede ser desterrado de las celestiales moradas, ni el hijo de Adán puede ser admitido en la gloria, porque nada manchado puede entrar en el cielo. Sinó existiera el purgatorio, no habría más, para quien muere con ligeras faltas o sin haber pagado toda la pena, que un infierno imposible o un cielo profanado.

Esperad también, vosotros pecadores, aún cuando la estrella del arrepentimiento se haya levantado entre las sombras de vuestra última hora. En el purgatorio podreis dar cumplida satisfacción a vuestro Dios. Byron en presencia de la muerte

confesó que la fe católica del purgatorio llenaba el alma de esperanza.

¡Cuantos amigos queridos no tendremos quizas en aquella lóbrega mansion! Allí, todo lo esperan de nosotros, porque ni sus súplicas, ni su arrepentimiento, ni sus lágrimas, tienen eficacia delante de Dios. La sangre i los méritos del Salvador no estan ya a su disposicion; los días de salud han concluido; el tiempo de la justicia ha llegado, justicia inexorable que los detendrá en el tormento hasta que hayan pagado el último óbolo. El socorro solo puede llegarles si les es enviado por nosotros. Oíd, pues, sus jemidos. Como los hijos de Israel, desterrados en país estraño, suspiran contemplando sus sufrimientos. Lloran noche i día sentados tristemente a las márgenes del rio de Babilonia, acordándose de Sion. Han olvidado sus melodiosos cantares, i el arpa del profeta permanece muda entre sus manos. ¿Como cantar, esclaman, el cántico del Señor, anegados en un mar de lágrimas, cruelmente aflijido el corazon? I si por acaso el soplo benéfico de la tierra hace vibrar las cuerdas de su lira, el canto que ellos repiten es: *miseremini mei, meseremini mei, saltem vos amici mei* (16). Católicos! quizas son los dulces ecos de vuestra madre, de vuestros hijos, de vuestros amigos que os dicen: al menos vosotros compadeceos de nuestra suerte, i enviadnos el alivio. I esto es, católicos, lo que nos exige la caridad cristiana.

Almas queridas cuya muerte deploramos, enjugad vuestras lágrimas. La iglesia vuestra madre no os ha olvidado un momento. Conoce vuestros sufrimientos, cuenta uno a uno vuestros suspiros i recoge en cáliz de oro vuestras lágrimas. Si los hombres os olvidan, una madre jamas se olvida de sus hijos. Ella vivirá arrodillada sobre vuestra tumba, enviará día a día sus súplicas al cielo hasta que seais felices, i refrijerará vuestros huesos áridos derramando sobre ellos la sangre del cordero immaculado ¡Oh caridad [divina! vínculo precioso del cielo con la tierra, dadnos hoi tambien vuestros consuelos!

III.

Entre las virtudes, la caridad es la reina de todas porque *Dios es caridad* (17). Más fuerte que la misma muerte, saldrá en triunfo del medio de nuestras cenizas. *Ahora permanecen la fe, la esperanza i la caridad; pero la caridad es superior a todas las otras* (18).

(16) Job. XIX, 21.

(17) I Joan IV, 7.

(18) S. Pablo, sup. cit.

La caridad cristiana es la que nos inspira este amor tan tierno por los difuntos, i la que estrecha aun despues de la muerte, los lazos del amor.

En la sociedad civil, los deberes de la sociabilidad solo obligan durante la vida. La muerte es su término. Pero, en la sociedad cristiana solo mueren los que voluntariamente privan a su alma de la divina gracia i descienden al abismo eterno. Vivimos en la comunión de los santos, en esa unión inefable porque tanto suspiraba nuestro Salvador Jesus i que fue el centro de sus más vehementes deseos; unión íntima que no forma más que un solo cuerpo del cual todos somos miembros. Cuando un miembro sufre, todos le deben proporcionar el alivio, tanto los que triunfan en el cielo coronada su frente con aureola inmortal, como los que aun militamos en esta vida que es un campo continuado de batalla. Donde hai una desgracia que socorrer allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla. Si llegan, pues a vuestros oídos las quejas de vuestros hermanos difuntos, elevad al instante vuestros clamores al cielo para que sean librados del tormento. Esto pide la caridad. *Es cosa santa i saludable*, dice la Sagrada escritura (19), *el orar por los difuntos*, i el ángel de la escuela nos asegura (20) que «la oración por los muertos es más agradable a Dios que la oración por los vivos, porque los difuntos tienen mayor necesidad de socorro puesto que ellos no pueden ayudarse por sí mismos, como lo hacen los vivos.»

Todo lo que aquí hicieréis por los muertos os será superabundantemente recompensado, las almas que sacareis del purgatorio con vuestras súplicas i buenas obras i a quienes abriéis el cielo ¿podrán olvidarse en el seno de las delicias, de que a vosotros deben su libertad i su dicha? Ah! su reconocimiento será jeneroso i en cada uno de ellos tendreis otros tantos protectores i amigos ante Dios.

La unión de la caridad cristiana se ha manifestado tambien de un modo especial en la tierra con motivo de nuestra desgracia. Nuestros doloridos ayes fueron acogidos con muestras de simpatía i de sentimiento por todo el universo. Todo el catolicismo lloró con nosotros, vistió de luto sus templos, entonó lúgubres himnos i envió al cielo las más tiernas plegarias. Dígnense recibir hoy todos los que compartieron nuestro sentimiento, el testimonio solemne de nuestra gratitud i el abrazo de nuestra fraternidad!

Fortificad vuestra fe, hermanos míos, animad vuestra esperanza, encended vuestra caridad, principalmente vosotros, deudos atribulados. A la sombra de la inspiración cristiana, el consuelo

(19) II Mach. XII, 46.

(20) Supp. P. 9, 71, art. 5.

viene de lleno al alma i vuestras lágrimas son enjugadas por mano divina; en nombre del cielo, en nombre de la relijion recibid estos consuelos tan eficaces sobre todo al ver llegar ya el aniversario de tan tremendo día, las horas del dolor más terrible. Pero no temais. La fe, la esperanza i la caridad os cubrirán con sus alas divinas i fortalecerán vuestras almas. Más os diré; este es el único consuelo verdadero, el único capaz de mitigar vuestro dolor. Nuestra desgracia sin la fe católica habría sido insostenible ¿qué habría sido capaz de darnos resignacion? Ya lo hemos visto. La herejía i la impiedad trataron tambien de consolarnos. El error alzó su lámpara, pero solo para avivar el fulgor de la cruel hoguera. Hizo oír su voz ¿para qué? para decir aquí, en medio de nosotros, que éramos castigados por Dios por nuestros crímenes, por nuestra idolatría, porque honrábamos a María la madre de Dios. Este fue el pésame, deudos atribulados, este fué el pésame que os envió el error que trabaja por derrocar en Chile a la fe católica romana. Segun él nuestra desgracia fué bien merecida i el fuego llovió sobre las víctimas como en otro tiempo sobre los habitantes de la Pentápolis. Señores! ¿qué acaso no era ya bastante nuestro dolor? ¿No podía faltar el sarcasmo a nuestra desgracia? ¿Así se paga nuestra tolerancia, así nuestra jenerosa hospitalidad?

Todavía nos ofrece otro consuelo: se burla de nuestras preces por los difuntos. Para él es inútil derramar lágrimas sobre los restos de nuestros hermanos. ¡Cruel! Pero no os admireis, señores! La herejía es el error, i todo error es cruel. Solo la verdad es caritativa i tiene simpatías con el alma humana. «La verdad dice el Espíritu Santo, marcha en compañía de la misericordia, como la paz en compañía de la justicia.»

Pero, quizás todo esto era esplicable. ¿Qué otra cosa podíamos esperar de los enemigos declarados del catolicismo? Esto se concibe. Lo que si fué verdaderamente inesplicable, permitidme decirlo, porque Dios a todos concede tiempo de callar i tiempo de hablar; lo que hirió hondamente nuestro corazon i nos obligó a exhalar dolorosos suspiros, fue el ver que algunos de nuestros propios hermanos se dejaran dominar por las impresiones del momento i alzaran su voz para condenar a la inocencia

Lejos de mí i sobre todo en este día, i en este lugar sagrado, la más lijera recriminacion. Yo el primero pido se cubran con denso velo las dolorosas circunstancias de aquella aciaga catástrofe. Si me permito un recuerdo es solo, señores, para que recibamos la severa leccion que la Providencia nos envía; para que jamas obremos con precipitacion, porque aquí, donde todos nos conocemos, los gritos del momento son recibidos cual merecen. Empero, a la distancia las cosas aparecen en otras proporciones i el baldon i el desprecio no solo recaen sobre los

supuestos culpables, sinó tambien sobre toda la sociedad i la patria. Tanto se ha dicho, tanto se ha escrito en el viejo mundo sobre nuestra desgracia que la Inglaterra católica ha creído un deber erijir un altar a la Virgen Santísima para desagrararla de las injurias que prodigaron a su culto los enemigos de la fe, con motivo del suceso que hoi conmemoramos.

Más, no todo ha de ser penas. Bendito sea Dios que saca bienes proporcionados a las desgracias. La muerte de nuestros hermanos sea pues, católicos, útil leccion i saludable advertencia para los que aun vivimos. *Estad preparados, porque no sabeis ni el día ni la hora* (21). Quizás la segur está ya a la raíz del árbol i del lado que cayere allí quedará. A las rejiones eternas solo os seguirán vuestras obras; no vuestros honores, vuestras riquezas, vuestros empleos, grandes de la tierra que me escuchais! Ah! Señor! impenetrables son vuestros juicios! Más, ¡a cuántos pecadores habeis convertido a vuestro amor disipando las tinieblas de su alma con el horrible resplandor de aquella hoguera! Cuántos creyeron oír la voz de la eternidad en los dolorosos ayes i tristes lamentos de los que agonizaban! Cuántos sintieron su alma conmovida, al ver desfilar por sus casas ese largo i silencioso cortejo de la muerte! Cuántos lloraron por la vez primera i en su desgracia miraron al cielo i creyeron en la eternidad que nos espera!

Católicos! continuemos las fervorosas pleges que hoi dirijimos al omnipotente por nuestros hermanos difuntos.

Ilustre pontífice, derramad cuanto ántes, el agua de la purificación eterna, i con el sagrado incienso envidad al cielo las tiernas súplicas de todo este pueblo.

Dios omnipotente! cuál lloró Adán en vista de Abel bañado en su sangre; cuál clamó Abraham al levantar la cuchilla; cuál jimió Israel al arrojar sus hijos al Nilo; cuál lloraron las madres la muerte de mil niños inocentes, hoi clamamos a vos. No os pedimos cuál Marta i María, la resurreccion de nuestros muertos. La misma voz que hizo salir a Lazaro del sepulcro, la misma voz que en el último día del mundo reanimará las cenizas de todos los hombres, esta voz poderosa, podrá resucitar en este mismo momento, a los amigos que hoi lloramos. Más, Señor, solo queremos el alivio de sus almas. Os lo piden sus hijos, sus esposos, sus hermanos, sus amigos, todo un pueblo cristiano junto con su pontífice i sus sacerdotes, os lo piden porqué tienen fe, porqué saben esperar en vuestra misericordia i porqué la caridad es la vida de su alma. Dejaos conmover por vuestras lágrimas como en otro tiempo por las de Marta i María; os lo pedimos porqué vos mismo habeis dicho *que quien creyere en*

(21) Luc. XII. 40.

vos, aun cuando esté muerto, vivirá (22). Decid a esas almas desgraciadas: salid fuera, dejad las sombrías rejiones en que os hallais sepultadas, i puesto que habeis creido i esperado, venid a gozar eternamente del amor, de la caridad de Dios, en la patria de la inmortalidad!

Que así sea.

(22) San Juan XI.25.



SECC. CHILENA